

LA FACETA MÁS ROMÁNTICA DE

REBECCA YARROS

AUTORA DE LA SERIE EMPÍREO

EL AMOR QUE DEJAMOS ATRÁS



booket

Rebecca Yarros

El amor que dejamos atrás

Traducción de Yara Trevethan Gaxiola



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *The Things We Leave Unfinished*

© Rebecca Yarros, 2021

Publicado por primera vez por Entangled Publishing, LLC
Derechos de traducción gestionados por Alliance Rights Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
Todos los derechos reservados

© por la traducción, Yara Trevethan Gaxiola, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

© de la ilustración del interior, Vecteezy.com

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2025

Depósito legal: B. 13.858-2025

ISBN: 978-84-08-30931-4

Impreso en España

GEORGIA

Mi queridísimo Jameson:

Este no es nuestro final. Mi corazón siempre seguirá contigo, sin importar dónde estés. El tiempo y la distancia son solo inconvenientes para un amor como el nuestro. Ya sean días, meses o incluso años, esperaré. Esperaremos. Me encontrarás donde el arroyo forma una curva alrededor de los álamos que se mecen, tal como soñamos; te esperaré con el ser al que amamos. Me mata dejarte, pero lo haré por ti. Nos mantendré a salvo. Te esperaré cada segundo, cada hora, cada día durante el resto de mi vida, y si eso no es suficiente, entonces toda la eternidad, que es exactamente hasta donde te amaré, Jameson.

Vuelve a mí, amor.

Scarlett

«Georgia Ellsworth.» Pasé el pulgar con fuerza sobre mi tarjeta de crédito, deseando borrar las letras. Seis años de matrimonio y me marchaba sin nada más que un apellido que no era mío.

En unos minutos, ni siquiera tendría eso.

—¿Número noventa y ocho? —llamó Juliet Sinclair desde el otro lado de la ventanilla de acrílico, como si yo no fuera la única persona en el departamento de vehículos de motor de Po-

plar Grove y no hubiera estado ahí esperando durante la última hora.

Esa mañana había cogido un avión a Denver, había conducido toda la tarde y aún no había pasado por casa, así de desesperada me sentía por deshacerme de los últimos rastros que Damian había dejado en mi vida. Con suerte, al librarme de su apellido me dolería menos perderlos a él y esos seis años de mi vida.

—Yo —respondí mientras guardaba mi tarjeta de crédito y me acercaba a la ventanilla.

—¿Dónde está tu número de turno? —preguntó tendiendo la mano y esbozando una sonrisa de superioridad y satisfacción que no había cambiado desde la época del instituto.

—Soy la única que está aquí, Juliet.

El agotamiento se había apoderado de cada nervio de mi cuerpo. No deseaba otra cosa que terminar con todo eso y acurrucarme en el enorme sillón del despacho de Gran, mi bisabuela, e ignorar a todo el mundo el resto de mi vida.

—La política dice...

—Basta, Juliet —la interrumpió Sophie, que puso los ojos en blanco y pasó al otro lado de la ventanilla—. De todas formas, yo tengo los papeles de Georgia. Anda, tómate un descanso.

—Bien. —Juliet se apartó del mostrador y dejó libre el asiento para Sophie, que se había graduado un año antes que nosotras—. Me alegro de verte, Georgia —dijo lanzándome una sonrisa demasiado amable.

—Igualmente —respondí con la sonrisa que tanto había practicado y que me había permitido mantenerme en pie los últimos años mientras a mi alrededor todo se desmoronaba.

—Lo siento —se disculpó Sophie avergonzada, al tiempo que arrugaba la nariz y se subía las gafas—. Ella... Bueno, no ha cambiado mucho. En fin, parece que todo está en orden.

Me devolvió los papeles que mi abogado me había dado la tarde anterior, con mi nueva tarjeta de la seguridad social, y los metí en un sobre. Era irónico que, mientras mi vida se caía a pedazos, la manifestación física de esa disolución se mantuviera unida por una grapa colocada a cuarenta y cinco grados exactos.

—No leí el acuerdo —añadió Sophie en voz baja.

—¡Salió en *Celebrity Weekly*! —canturreó Juliet, que estaba al fondo.

—¡No todos leemos esa basura sensacionalista! —repuso Sophie volviéndose; luego me ofreció una sonrisa empática—. Aquí todos estábamos muy orgullosos de la dignidad con la que te portaste durante... todo.

—Gracias, Sophie —respondí tragándome el nudo que se me había formado en la garganta.

Lo único peor que fracasar en un matrimonio que todo el mundo me había desaconsejado era que mi sufrimiento y humillación se publicaran en todas las páginas web y revistas que alimentaban a los amantes de los cotilleos, esa gente que devoraba las tragedias personales con placer culpable. Durante los últimos seis meses había mantenido la cabeza erguida y la boca cerrada mientras las cámaras acribillaban mi rostro, y esa fue precisamente la razón por la que me gané el apodo «la Reina de Hielo»; sin embargo, si ese era el precio que debía pagar para conservar lo que me quedaba de dignidad, que así fuera.

—Entonces, ¿debo decir «bienvenida a casa» o solo estás de visita? —preguntó al tiempo que me entregaba un pequeño papel impreso que me serviría como carné de conducir temporal hasta que el nuevo me llegara por correo.

—He vuelto para quedarme.

Mi respuesta bien podría haberse transmitido por la radio;

Juliet se aseguraría de que todo el mundo en Poplar Grove lo supiera antes de la cena.

—Bueno, pues ¡bienvenida a casa! —Esbozó una gran sonrisa—. Dicen que tu madre también está en el pueblo.

El corazón me dio un vuelco.

—¿En serio? Yo..., mmm..., todavía no he pasado por casa.

«Dicen» significaba que habían visto a mi madre en alguno de los dos supermercados o en el bar. Esto último era lo más probable. Pero, claro, quizá era una buena...

«No termines esa frase.»

Pensar que mi madre podía estar allí para ayudarme solo acabaría en una decepción devastadora. Algo quería.

Carraspeé.

—¿Cómo está tu padre?

—¡Bien! Al parecer, por fin se encuentra fuera de peligro. —Su rostro se ensombreció—. En realidad, lamento lo que te sucedió, Georgia. Si mi marido..., no puedo ni imaginarlo. —Negó con la cabeza—. En fin, no te lo merecías.

—Gracias —respondí al tiempo que apartaba la mirada al fijarme en su alianza—. Saluda a Dan de mi parte.

—Lo haré.

Salí a la luz de la tarde que iluminaba Main Street con un brillo reconfortante e inspirador, como una pintura de Rockwell, y suspiré de alivio. Había recuperado mi nombre y el pueblo tenía el aspecto que recordaba. Las familias se paseaban y disfrutaban del verano, y los amigos charlaban entre sí con la pintoresca montaña rocosa al fondo. La población de Poplar Grove era más pequeña que su altitud, lo bastante grande para necesitar media docena de semáforos, y tan unida que tener vida privada allí era un lujo. Además, contábamos con una librería excelente; Gran se había encargado de ello.

Dejé los papeles en el asiento del acompañante de mi coche de alquiler y me detuve un momento. Era probable que mi madre estuviera en casa; nunca le había pedido que me devolviera la llave después del funeral. De repente ya no tenía tantas ganas de regresar a casa. Los últimos meses habían agotado mi compasión, mis fuerzas e incluso mi esperanza. No estaba segura de poder lidiar con mi madre cuando todo lo que me quedaba era rabia.

Pero había vuelto a mi hogar, donde podría recargar las pilas hasta que me recuperara por completo.

«Recargar las pilas.» Eso era exactamente lo que necesitaba antes de ver a mi madre. Crucé la calle, hacia The Sidetable, la tienda de libros que mi bisabuela había ayudado a abrir con una de sus amigas más cercanas. Según su testamento, ahora yo era la socia silenciosa. Era... todo.

Sentí una presión en el pecho al ver el letrero de venta en lo que una vez fue la tienda de mascotas del señor Navarro. Hacía un año que Gran me había hablado de su muerte; era un local excelente, en Main Street. ¿Por qué no lo había comprado otro negocio? ¿Poplar Grove tenía problemas? Pensar en esa posibilidad justo cuando entré en la librería me sentó fatal.

Olía a pergamino y a té, mezclado con un perfume a polvo y hogar. Durante el tiempo que viví en Nueva York, nunca encontré nada similar a ese reconfortante aroma en ninguna cadena de tiendas. El dolor llenó mis ojos de lágrimas cuando volví a respirarlo. Hacía seis meses que Gran había muerto y la echaba mucho de menos; sentía que mi pecho colapsaría por el vacío que había dejado.

—¿Georgia? —La señora Rivera se quedó boquiabierta un segundo; luego sonrió desde detrás del mostrador, sosteniendo el móvil entre la oreja y el hombro—. Espera un segundo, Peggy.

—Hola, señora Rivera —saludé con una sonrisa y un gesto

de la mano al ver su rostro acogedor y familiar—. No cuelgue por mí, solo estoy de paso.

—¡Qué alegría verte! —Miró el teléfono—. No, tú no, Peggy. ¡Georgia acaba de entrar! —Sus ojos castaños se encontraron con los míos—. Sí, «esa» Georgia.

Volví a agitar la mano mientras ellas seguían con su conversación; luego me dirigí a la sección de novelas románticas, donde Gran tenía un montón de estantes dedicados a los libros que ella misma había escrito. Tomé la última novela que había publicado y busqué su rostro en la contraportada. Teníamos los mismos ojos azules, pero ella había dejado de teñirse el pelo de negro a los setenta y cinco, un año después de que mi madre me abandonara frente a su puerta por primera vez.

En la fotografía, Gran llevaba perlas y una blusa de seda, aunque la mujer real siempre se vestía con monos sucios de jardinera y con un sombrero para protegerse del sol, lo bastante amplio como para dar sombra a todo el condado. Sin embargo, su sonrisa era la misma. Cogí otro libro, anterior, para ver una segunda versión de esa sonrisa.

Sonó la campanilla de la puerta y, un momento después, un hombre que hablaba por teléfono empezó a buscar en el pasillo de libros de ficción general, justo detrás de mí.

—«Una Jane Austen contemporánea» —murmuré leyendo el reclamo de la portada.

Siempre me sorprendió que mi bisabuela tuviera el alma más romántica que jamás he conocido; no obstante, pasó la mayor parte de su vida sola, escribiendo libros sobre el amor, un sentimiento que solo se le permitió experimentar unos cuantos años. Aunque se casó con el bisabuelo Brian, apenas estuvieron una década juntos antes de que el cáncer se lo llevara. Quizá las mujeres de mi familia estaban malditas en lo que a vida amorosa se refería.

—¿Qué cojones es esto?! —tronó la voz del hombre.

Arquee las cejas y volví la vista. Tenía en la mano un libro de Noah Harrison en el que, oh, sorpresa, se podía ver a dos figuras humanas en la clásica posición de estar a punto de besarse.

—No tuve acceso al correo electrónico mientras andaba perdido en los Andes. De modo que sí, es la primera vez que veo el nuevo.

El tipo, claramente furioso, sacó otro libro de Harrison y lo sostuvo al lado del primero. Dos parejas distintas justo en la misma postura.

Sin duda, me quedaría con mi selección o con cualquier cosa de esa sección.

—Parecen idénticas, ese es el problema. El problema con la anterior... ¡Sí, estoy cabreado! Llevo dieciocho horas viajando y, por si ya lo has olvidado, tuve que cancelar mi viaje de investigación para venir aquí. Te estoy diciendo que son EXACTAMENTE iguales. Espera, te lo demostraré. ¿Señorita?

—¿Sí?

Me volví un poco, alcé la mirada y encontré, justo frente a mí, dos portadas de libros. «Adiós al espacio personal», pensé.

—¿Le parecen iguales?

—Sí. Bastante similares.

Puse en el estante uno de los libros de Gran y mi mente murmuró un adiós, como hacía siempre que veía uno de sus libros en alguna tienda. ¿Alguna vez sería más fácil echarla de menos?

—¿Lo ves? ¡Se supone que no deberían ser iguales! —dijo el tipo.

Por suerte, le hablaba así a la pobre persona que estaba al otro lado del teléfono, porque si hubiera usado ese tono conmigo se habría metido en problemas.

—Bueno, en su defensa le diré que todos sus libros también son iguales —mascullé.

«Mierda.» Se me había escapado. Supongo que mi filtro estaba igual de anestesiado que mis emociones.

—Perdón... —añadí dándome la vuelta hacia él y levantando la mirada hasta encontrarme con sus dos cejas oscuras, arqueadas por el asombro sobre un par de ojos igual de oscuros.

«¡Guau!»

Mi maltrecho corazón dio un vuelco, como hacían los de todas las heroínas en los libros de mi bisabuela. Era el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Teniendo en cuenta que era la exmujer de un director de cine y había disfrutado de la oportunidad de ver a un montón de hombres que estaban buenísimos, no era poca cosa.

«No, no, no. Eres inmune a los hombres guapos», me advirtió el hemisferio lógico de mi cerebro, pero estaba demasiado ocupada mirándolo como para escuchar.

—No leen el... —Parpadeó—. Te llamo más tarde.

Se pasó ambos libros a una mano, colgó y se metió el móvil en el bolsillo.

Parecía de mi edad, veintimuchos o treinta y pocos; medía al menos un metro ochenta y el cabello negro le caía descuidado sobre la bronceada piel, de color oliva, como si acabara de levantarse, sin llegar hasta las cejas negras y arqueadas y los ojos castaños, increíblemente profundos. Tenía la nariz recta, los labios dibujados en contornos exuberantes que solo servían para recordarme con claridad cuánto tiempo hacía que no me besaban; su mentón estaba oscurecido por una incipiente barba. Todos sus rasgos eran angulares, esculpidos, y por los músculos flexibles de sus antebrazos hubiera apostado la librería a que estaba familiarizado con el interior de un gimnasio..., y probablemente con el de un dormitorio.

—¿Acaba de decir que todos los libros de este autor son iguales? —preguntó con lentitud.

Parpadeé. «Cierto. Los libros.» Me di una bofetada mental por haber perdido el hilo solo por encontrarme con una cara bonita. Apenas llevaba veinte minutos con mi propio apellido y los hombres estaban fuera del menú en mi futuro más inmediato. Además, él ni siquiera era de por aquí. Dieciocho horas de viaje o no, resultaba evidente que llevaba un pantalón hecho a medida; las mangas de su camisa de lino blanco estaban remangadas en ese estilo informal y despreocupado que era de todo menos despreocupado. Los hombres de Poplar Grove no se molestaban en comprar pantalones de mil dólares ni tenían acento neoyorquino.

—Mucho —contesté—. Chico conoce a chica, se enamoran, viven una tragedia, alguien muere. —Me encogí de hombros, orgullosa de no sentir que el calor subía a mis mejillas y me delataba—. Añadamos un poco de dramatismo legal en los tribunales, algo de sexo insatisfactorio aunque poético, quizá una escena de playa, y eso es todo. Si es lo que le gusta, no puede equivocarse con ninguno de esos libros.

—¿Insatisfactorio? —Frunció el ceño, miró ambos volúmenes y luego me observó a mí—. No siempre muere alguien.

Supuse que había leído uno o dos libros de Harrison.

—Vale, el ochenta por ciento de las veces. Compruébelo usted mismo —sugerí—. Esa es la razón por la que están en aquel lado —expliqué señalando el letrero que rezaba FICCIÓN GENERAL— y no en este. —Moví el índice hacia el letrero de NOVELA ROMÁNTICA.

Se quedó boquiabierto un segundo.

—O quizá sus historias son más que sexo y expectativas ingenuas.

Su atractivo disminuyó cuando me dijo a la cara una de las cosas que más me molestaban.

Se me pusieron los pelos de punta.

—La novela romántica no va de expectativas ingenuas y sexo. Trata de amor y de superar la adversidad mediante lo que puede considerarse una experiencia universal.

Eso era lo que Gran y la lectura de miles de novelas románticas me habían enseñado en mis veintiocho años de vida.

—Y, al parecer, de sexo satisfactorio —repuso él alzando una ceja.

Hice un gran esfuerzo para no sonrojarme por la forma en que sus labios parecían acariciar esas palabras.

—¡Oiga! Si no le gusta el sexo o si se siente incómodo con una mujer que es dueña de su sexualidad, eso dice más sobre usted que sobre el género literario, ¿no cree? —Incliné la cabeza hacia un lado—. ¿O es con los finales felices con lo que no está de acuerdo?

—Estoy del todo a favor del sexo, de que las mujeres sean dueñas de su sexualidad y de los finales felices. —Su voz se convirtió en un gruñido.

—Entonces, definitivamente, esos libros no son para usted, pues lo único que adoptan es la miseria universal; pero, si es eso lo que le gusta, disfrútelo.

«No es la mejor manera de dejar atrás a la Reina de Hielo», pensé. Ahí estaba yo, discutiendo con un completo desconocido en una librería.

Él negó con la cabeza.

—Son historias de amor. Aquí lo dice.

Levantó uno de los ejemplares, que por casualidad tenía una cita de Gran. «La» cita. La que el editor le rogó a mi bisabuela que escribiera hasta que cedió; al final, tuvieron que conformarse con lo que ella redactó.

—«Nadie escribe historias de amor como Noah Harrison» —leí en voz alta; una sonrisa curvó mis labios.

—Diría que Scarlett Stanton es una autora de novela román-

tica muy respetada, ¿no? —En su rostro se formó una sonrisa sensual y letal—. Si ella dice que es una historia de amor, entonces es que es una historia de amor.

¿Cómo alguien tan devastadoramente atractivo podía sacarme tanto de mis casillas?

—Scarlett Stanton fue la autora de novela romántica más respetada de su generación. —Negué con la cabeza, coloqué el otro libro de Gran en su sitio y di media vuelta para alejarme antes de perder la compostura con ese tipo que usaba el nombre de mi bisabuela como si supiera algo de ella.

—Entonces se puede tener en cuenta su recomendación, ¿no? Si un hombre quiere leer una historia de amor. ¿O será que usted solo aprueba las historias de amor escritas por mujeres? —añadió cuando le di la espalda.

«¿En serio?» Di media vuelta al final del pasillo; cuando lo tuve delante, no pude controlar mi mal genio.

—Lo que no ve en esa cita es el resto.

—¿Qué quiere decir? —Se dibujaron dos arrugas entre sus cejas.

—Esa no es la cita original.

Miré al techo tratando de recordar sus palabras exactas. ¿Cómo eran? «Nadie es capaz de escribir una ficción dolorosa y depresiva, disfrazada de historia de amor, como Noah Harrison.» El editor la había modificado para la promoción. Pero eso era ir demasiado lejos. Casi podía oír la voz de mi bisabuela en mi cabeza.

—¿Qué?

Debió de ser por efecto de las luces fluorescentes, pero me pareció que palidecía.

—Mire, sucede muy a menudo. —Suspiré—. No estoy segura de que se haya dado cuenta, pero aquí en Poplar Grove todos conocíamos muy bien a Scarlett Stanton y no era alguien que se

guardara sus opiniones. —«Supongo que es genético», pensé—. Si no recuerdo mal, dijo que tenía talento para la descripción y que disfrutaba... de las aliteraciones. —Eso fue lo más amable que había dicho—. No estaba en contra de su narrativa, solo de sus historias.

Le palpitó un músculo en la mandíbula.

—Pues a mí me gusta la aliteración en las historias de amor. —Empezó a alejarse con los libros hacia la caja—. Gracias por la recomendación, señorita...

—Ellsworth —respondí enseguida, haciendo un pequeño gesto cuando ese apellido se escapó de mis labios; «ya no», pensé—. Disfrute de sus libros, señor...

—Morelli.

Asentí y me marché, sintiendo que me seguía con la mirada al salir por la puerta mientras la señora Rivera registraba sus libros en el mostrador.

Yo lo único que quería era un poco de paz. ¿Qué fue lo peor de toda esa discusión? Quizá tenía razón y los libros que mi bisabuela escribió eran poco realistas. La única persona que conocía que había tenido un final feliz era mi mejor amiga, Hazel, y solo llevaba cinco años de matrimonio; era difícil dictar un veredicto.

Cinco minutos después llegué a nuestra calle, tras pasar por Grantham Cottage, una de las propiedades en alquiler de mi bisabuela. Parecía vacía por primera vez desde... siempre. Como solo estaba a media hora de Breckenridge, las propiedades de esa zona nunca estaban deshabitadas mucho tiempo.

«Mierda. He olvidado ponerme de acuerdo con el agente inmobiliario.» Era probable que el suyo fuera uno de los montones de mensajes que no había escuchado o quizá uno de los mil correos electrónicos que no había leído. Por lo menos, el buzón

de voz había dejado de aceptar mensajes nuevos, pero los correos seguían acumulándose. Necesitaba reponerme. Al resto del mundo no le importaba que Damian me hubiera roto el corazón.

Aparqué frente a la entrada de la casa en la que había crecido. Al fondo del sendero semicircular había un coche de alquiler.

«Mamá debe de estar aquí.» El agotamiento constante aumentó y me invadió.

Dejé las maletas para más tarde, pero cogí el bolso y me dirigí a la puerta principal de aquella casa colonial de setenta años de antigüedad. «Faltan las flores.» Aquí y allá florecían plantas perennes, todas un poco secas, pero faltaban las manchas de colores brillantes en los macizos que acostumbraban bordear la entrada en esta época del año.

Los últimos años, Gran estaba demasiado débil para pasar largo tiempo de rodillas, así que yo venía a ayudarla con las plantas. Damian no me echaba de menos..., aunque ahora sabía por qué.

—¿Hola? —saludé desde el vestíbulo.

El olor a ceniza que impregnaba el ambiente me formó un nudo en el estómago. ¿Habían fumado dentro de la casa de Gran? Parecía que no habían limpiado el suelo de madera desde el invierno; sobre la mesita del recibidor había una gruesa capa de polvo. A mi bisabuela le habría dado un infarto si hubiera visto su casa así. ¿Qué había pasado con Lydia? Le pedí a la contable de Gran que conservara al ama de llaves en nómina.

Se abrieron las puertas del salón y ahí estaba mi madre; vestía un atuendo elegante. Su deslumbrante sonrisa se esfumó al verme, pero de inmediato volvió a sonreír.

—¡Gigi!

Abrió los brazos y me estrechó durante dos segundos con

una palmadita en la espalda, algo que definía muy bien nuestra relación. Dios mío, odiaba ese apodo.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —pregunté con amabilidad; no quería deprimirla.

Ella se puso tensa y se apartó. Su sonrisa vaciló.

—Bueno..., te he estado esperando, cariño. Sé que para ti fue muy duro perder a Gran, y ahora has perdido a tu marido; imaginaba que quizá necesitarías un lugar tranquilo donde relajarte. —Su expresión emanaba simpatía al mirarme de arriba abajo; puso las manos sobre mis hombros con suavidad y terminó su escrutinio levantando las cejas—. Definitivamente, estás desconsolada. Sé que ahora es difícil, pero te juro que la próxima vez será más fácil.

—No quiero que haya una próxima vez —admití en voz baja.

—Nunca queremos.

Su mirada se suavizó como jamás lo había hecho.

Dejé caer los hombros; las gruesas defensas que había construido a lo largo de los años se resquebrajaron. Quizá mi madre había dejado atrás nuestras rencillas y empezaba un nuevo capítulo. Hacía años que no pasábamos tiempo juntas, y tal vez habíamos llegado a un punto en el que podríamos...

—¿Georgia? —preguntó un hombre por la abertura de las puertas francesas—. ¿Está él aquí?

Me quedé atónita.

—Christopher, ¿me das un segundo? Mi hija acaba de llegar a casa —contestó ella.

Mi madre le dedicó una sonrisa absolutamente encantadora que hubiera cautivado a sus primeros cuatro maridos; luego me cogió de la mano y tiró de mí hacia la cocina antes de que yo pudiera echar un vistazo al salón.

—Mamá, ¿qué está pasando? Y no te molestes en mentirme, por favor. Sé sincera.

Titubeó, y recordé que su capacidad para cambiar de planes sobre la marcha solo encontraba rival en su incapacidad emocional: en ambas cosas destacaba.

—Estoy cerrando un negocio —respondió despacio, como si estuviera considerando sus palabras—. Nada de que preocuparse, Gigi.

—No me llames así, sabes que lo odio.

Gigi era una niña que pasaba demasiado tiempo mirando por la ventana los faros traseros de los coches; yo ya había crecido.

—¿Un negocio? —pregunté al tiempo que entornaba los ojos.

—Todo surgió mientras esperaba a que llegaras a casa. ¿Es tan difícil creerlo? Demándame por tratar de ser una buena madre.

Alzó la barbilla, parpadeó deprisa y apretó los labios, como si la hubiera ofendido. No me creía nada.

—¿Por qué sabe ese hombre cómo me llamo?

Algo no iba bien.

—Todos lo saben, gracias a Damian. —Tragó saliva y se ajustó su perfecto recogido francés color ébano. Estaba mintiendo—. Sé que estás dolida, pero creo de veras que existe una posibilidad de que recuperes a tu marido si jugamos bien nuestras cartas.

Estaba tratando de distraerme. Pasé por su lado y me dirigí al salón con una sonrisa. Dos hombres se pusieron en pie de un salto. Ambos llevaban traje, pero el que se había asomado por la puerta parecía tener unos buenos veinte años más que el otro.

—Disculpen la impertinencia. Soy Georgia Ells... —«Joder.» Me aclaré la garganta—. Georgia Stanton.

—¿Georgia? —repitió el más viejo al tiempo que palidecía—. Christopher Charles —dijo despacio, y dirigió una mirada hacia la puerta, por la que estaba entrando mi madre.

Reconocí su nombre: el editor de Gran. Él era el director

editorial cuando ella publicó su último libro unos diez años atrás, poco después de cumplir los noventa.

—Adam Feinhold. Encantado de conocerla, señora Stanton —se presentó el más joven.

Ambos adquirieron un tono definitivamente ceniciento cuando nos miraron a mi madre y a mí de forma alternativa.

—Y ahora que os habéis presentado, Gigi, ¿tienes sed? Voy a prepararte algo —sentenció mi madre apresurándose hacia mí con la mano extendida.

La ignoré, me senté en el gran sillón acolchado que dominaba los demás asientos a su alrededor y me hundí en su familiar comodidad.

—¿Y qué es exactamente lo que hace el editor de mi bisabuela en Poplar Grove, Colorado?

—Están aquí para hablar de un libro, por supuesto —respondió mi madre al tiempo que se sentaba al borde del sofá más cercano a mí y se alisaba el vestido.

—¿Qué libro? —les pregunté a Christopher y a Adam.

Mi madre tenía muchos talentos, pero escribir no era uno de ellos, y yo había visto suficientes acuerdos en la industria editorial como para saber que los editores no cogían aviones solo por diversión.

Christopher y Adam se miraron confundidos, por lo que repetí mi pregunta.

—¿Qué libro?

—Me parece que no tiene título —contestó Christopher con cautela.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó. Hasta donde yo sabía, existía un solo libro que Gran no había titulado ni vendido. «Mamá no se habrá atrevido..., ¿o sí?»

Él tragó saliva y se volvió para mirar a mi madre.

—Estamos terminando de firmar unos documentos y nos

llevaremos el manuscrito. Como bien sabe, a Scarlett no le gustaban los ordenadores, y no hemos querido arriesgar la integridad de algo tan valioso como el único original que existe dejándolo en manos de los dioses de la mensajería.

Compartieron una risa incómoda y mi madre los imitó.

—¿Qué libro?

Esa vez la pregunta iba dirigida a mi madre; sentía el estómago revuelto.

—El primero... y último. —La súplica en su mirada era inconfundible y odié la forma en que siempre lograba partirme el corazón—. El libro sobre el abuelo Jameson.

Estuve a punto de vomitar ahí mismo, encima de la alfombra persa que Gran tanto amaba.

—No está terminado.

—Por supuesto que no, cielo. Pero me he asegurado de que contraten al mejor de los mejores para que lo acabe —me explicó mi madre con un tono meloso que no ayudó a calmar mis náuseas—. ¿No crees que la abuela Scarlett hubiera querido que se publicaran sus últimas palabras?

Me lanzó «la sonrisa», la que a los desconocidos les parecía abierta y bien intencionada, pero con la que me amenazaba con castigarme en privado si me atrevía a avergonzarla en público.

Me había enseñado tan bien que yo le devolví la misma sonrisa.

—Creo que si Gran hubiera querido que ese libro se publicara, habría terminado de escribirlo, mamá.

¿Cómo podía hacer semejante cosa? ¿Cerrar un trato por ese libro a mis espaldas?

—No estoy de acuerdo —replicó ella levantando las cejas—. Dijo que ese libro era su legado, Gigi. Nunca pudo dominar sus emociones para terminarlo y me parece que lo adecuado es que lo hagamos por ella. ¿No crees?

—No. Y puesto que yo soy la única beneficiaria en su testamento y, por lo tanto, la albacea de su fideicomiso literario, lo único que importa es lo que yo pienso.

Puse las cartas sobre la mesa con la menor emoción de la que fui capaz.

Ella dejó de fingir y me miró con asombro.

—Georgia, sin duda no vas a negar...

—¿Las dos se llaman Georgia? —preguntó Adam con voz aguda.

Parpadeé cuando las piezas empezaron a encajar y solté una carcajada.

—Esto es ridículo.

No solo estaba haciendo un trato a mis espaldas, sino que además había usurpado mi identidad.

—Gigi... —suplicó mi madre.

—¿Les ha dicho que se llama Georgia Stanton? —pregunté, centrando toda la atención en esos hombres trajeados.

—Ellsworth, pero sí. —Christopher asintió y se ruborizó al entender lo que estaba pasando.

—Pues no. Ella es Ava Stanton-Thomas-Brown-O'Malley..., ¿o sigues siendo Nelson? No recuerdo si te lo volviste a cambiar —dije mirándola con expresión irónica.

Mamá se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡A la cocina! Ahora.

—Si nos disculpan un momento... —me excusé dirigiendo una rápida sonrisa a los ingenuos editores, y me encaminé a la cocina; necesitaba escuchar su explicación.

—¡No vas a estropear esto! —siseó cuando llegamos a la habitación en la que Gran cocinaba todos los sábados.

Sobre la encimera había platos desperdigados, y el olor a comida echada a perder impregnaba el aire.

—¿Qué ha pasado con Lydia? —pregunté señalando el desorden.

—La eché. Era una metomentodo —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Cuánto hace que vives aquí?

—Desde el funeral. Te estaba esperando...

—No mientas. Despediste a Lydia porque sabías que me contaría que buscabas el manuscrito. —Por mis venas corría una rabia que me tensó la mandíbula—. ¿Cómo has podido?

Sus hombros se desplomaron.

—Gigi...

—Odio ese apodo desde que tengo ocho años. Te lo repito: no me llames así. ¿De verdad creías que te saldrías con la tuya al hacerte pasar por mí? ¡Tienen abogados, mamá! En algún momento habrías tenido que identificarte.

—Pues estaba funcionando hasta que has llegado.

—¿Y Helen? —me burlé—. Dime que no les has ofrecido el manuscrito sin contar con la agente de Gran.

—Iba a llamarla tan pronto como hicieran una oferta oficial. Te lo prometo, solo están aquí para llevarse el manuscrito y leerlo con cuidado.

Negué con la cabeza ante su absoluta... Ni siquiera tenía palabras para describirlo.

Lanzó un suspiro como si fuera yo quien le había roto el corazón y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Georgia. Estaba desesperada. Por favor, hazlo por mí. El anticipo me ayudará a recuperarme...

—¿En serio? —La fulminé con la mirada—. ¿Todo esto es por dinero?

—¡Claro! —Puso las palmas sobre la encimera de granito—. Mi propia abuela me sacó de su testamento para ponerte a ti. ¡Tú lo tienes todo y a mí me dejó sin nada!

Las partes desprotegidas de mi corazón se llenaron de culpa, las pequeñas esquirlas que vivían en un estado de negación y que

nunca comprendieron el mensaje de que no todas las madres quieren ser mamás, y que la mía era una de ellas. Gran la había sacado del testamento, pero no había sido por mí.

—No hay nada que pueda darte, mamá. Ella nunca terminó el libro y sabes por qué. Dijo que solo lo había escrito para la familia.

—¡Lo escribió para mi padre! ¡Y yo soy familia! Por favor, Georgia. Tú tienes todo esto. —Hizo un ademán para señalar nuestro alrededor—. Dame una sola cosa y te juro que lo compartiré contigo.

—No se trata de dinero.

Yo ni siquiera había leído el libro, ¿y ella quería entregarlo?

—Habló la mujer que tiene millones.

Me agarré al borde de la encimera de la isla de la cocina y respiré hondo varias veces, tratando de estabilizar mi corazón, de darle sentido a una situación que carecía de él. ¿Yo tenía estabilidad económica? Sí. Pero los millones de Gran estaban reservados para obras de caridad, de acuerdo con lo que ella estipuló, y mi madre no necesitaba caridad.

Aunque sí era mi único familiar vivo.

—Por favor, cariño. Escucha las condiciones de la oferta. Es todo lo que te pido. ¿No puedes concederme al menos eso? —Su voz vaciló—. Tim me ha abandonado. Estoy... en la bancarrota.

Su confesión golpeó mi alma recién divorciada. Nuestras miradas se encontraron, tonos idénticos de lo que Gran había llamado «azul Stanton». Ella era todo lo que tenía, y no importaba cuántos años o cuántos terapeutas hubieran ido y venido, nunca había podido deshacerme de las ganas de complacerla, de demostrarle que yo valía la pena.

Sin embargo, jamás imaginé que el dinero fuera el catalizador, aunque esa era una prueba de su personalidad, no de la mía.

—Me limitaré a escuchar.

—Es todo lo que te pido. —Mi madre asintió con una sonrisa agradecida—. En serio, me quedé por ti —murmuró—. Encontré el libro por casualidad.

—Vamos.

«Antes de que empiece a creerte», pensé.

Los dos tipos parecían desesperados mientras trataban de explicarme las condiciones que le habían ofrecido a mi madre. Podía verlo en sus ojos: sabían que la mina de oro que representaba el último libro de Scarlett Stanton se les escapaba de las manos, aunque en realidad nunca había sido suya.

—Tengo que llamar a Helen. Estoy segura de que recordarán a la agente literaria de mi bisabuela —dije cuando acabaron de hablar—. Y los derechos cinematográficos no están sobre la mesa; saben qué pensaba ella del tema.

Gran odiaba las adaptaciones cinematográficas.

El rostro de Christopher se tensó.

—¿Y dónde está Ann Lowell? —pregunté; había sido la editora de Gran durante más de veinte años.

—Se jubiló el año pasado —respondió Christopher—. Adam es el mejor editor que tenemos y ha traído a su autor estrella para que termine lo que, según nos han dicho, será... ¿un tercio del libro? —añadió volviéndose para mirar a mi madre.

Ella asintió. ¿Lo había leído? Un regusto amargo de celos me cubrió la lengua.

—Es el mejor —dijo Adam con efusión, y consultó su reloj—. Millones de ventas, una pluma fenomenal, aclamado por la crítica y, lo mejor de todo, un acérrimo admirador de Scarlett Stanton. Ha leído al menos dos veces todo lo que ella escribió y se ha comprometido a dedicar los próximos seis meses a este proyecto para poder avanzar más rápido. —Luego me lanzó una sonrisa tranquilizadora que no logró su cometido.

Entorné los ojos.

—¿Ha contratado a un hombre para terminar el libro de mi bisabuela?

Adam tragó saliva.

—De verdad, es el mejor, se lo juro. Y su madre quería entrevistarse con él para asegurarse de que era la elección correcta, por eso está aquí.

Parpadeé varias veces, sorprendida de que mi madre hubiera sido tan meticulosa, y también asombrada por que el escritor... «No.»

—No recuerdo cuándo fue la última vez que tuvo que personarse para convencer a alguien —se sinceró Christopher con una risa.

Mis pensamientos se desmoronaron como una hilera de fichas de dominó. «Imposible.»

—¿Está aquí ahora? —preguntó mi madre mirando hacia la puerta y alisándose la falda.

—Acaba de aparcar —indicó Adam señalando su Apple Watch.

—Georgia, quédate sentada. Yo recibiré a nuestro invitado.

Mi madre se levantó de la silla y se apresuró hacia la puerta, dejándonos a los tres en un silencio incómodo que solo rompía el tictac del reloj.

—Conocí a su marido en una gala el año pasado —agregó Christopher con una sonrisa apretada.

—Exmarido —lo corregí.

—Cierto. —Hizo una mueca—. Me pareció que su última película estaba sobrevalorada.

Todas las películas que Damian había dirigido, salvo la de Gran, lo estaban, pero no iba a entrar al trapo.

Una carcajada profunda y estruendosa estalló en el recibidor y se me pusieron los pelos de punta.

—¡Aquí está! —anunció mi madre con alegría al tiempo que abría las puertas del salón.

Me puse en pie cuando él entró con mi madre y, aún no sé cómo, pude conservar el equilibrio cuando lo vi.

Su sonrisa coqueta se desvaneció y me miró como si hubiera visto un fantasma.

Mi corazón se desplomó.

—Georgia Stanton, le presento a... —empezó a decir Christopher.

—Noah Harrison, supongo.

Noah, el desconocido de la librería, asintió.

No me importaba lo inhumana y guapo que fuera ese hombre; solo había una forma en la que pondría sus manos en el libro de Gran: pasando por encima de mi cadáver.